PHILIPP MAINLÄNDER, *Filosofía de la redención*, edición de Carlos Javier González Serrano, traducción de Manuel Pérez Cornejo, Madrid, Xorki, 2014.

PHILIPP MAINLÄNDER, *Diario de un poeta. Aus dem Tagebuch eines Dichters*, edición bilingüe e introducción de C. J. González Serrano y M. Pérez Cornejo, Madrid, Plaza y Valdés, 2015.

Por primera vez en español se publica por completo el volumen inicial de la *Filosofía de la redención* (*Philosophie der Erlösung*), obra del aún poco estudiado Philipp Mainländer (1841-1876), distinguido discípulo de Arthur Schopenhauer, obra preparada y editada por Carlos Javier González Serrano y traducida por Manuel Pérez Cornejo.

Si buscamos en el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora – herramienta de referencia básica en el mundo filosófico hispanohablante – la entrada «Mainländer, Philipp», caemos muy pronto en la cuenta del gran vacío que existe sobre esta figura en el contexto académico de nuestra disciplina. A pesar de su encomiable esfuerzo y de su titánico trabajo, Ferrater apenas dedica veinte líneas a este filósofo alemán, prácticamente desconocido para los lectores de habla hispana. En ellas, además de una brevísima nota biográfica y de un muy compendioso resumen de sus tesis principales, leemos que «Mainländer recibió sobre todo sus inspiraciones filosóficas de Schopenhauer», por lo que, acaso, el autor del célebre *Diccionario* duda de la originalidad del pensamiento de nuestro protagonista.

Podemos preguntarnos, en este sentido, a qué se debe la falta de información sobre Mainländer, y si, quizá, existe alguna razón por la que los especialistas no se han hecho cargo de las obras de este pensador de tan breve existencia (1841-1876) que se encuentra en tan interesante periodo del devenir filosófico de la segunda mitad del XIX. En efecto, el periplo vital de Philipp Batz (quien adoptaría el pseudónimo de «Philipp Mainländer» para remarcar su hermanamiento con la ciudad que le vio nacer, Offenbach am Main) transcurre a caballo entre la muerte de uno de sus inspiradores, Arthur Schopenhauer (1788-1860), y el florecimiento académico, literario y filosófico de quien, con el tiempo, recogería diversos frutos de su pensamiento, nada menos que Friedrich Nietzsche (1844-1900)¹.

Puede que su temprano suicidio en 1876, así como su particular modo de vida (en el que primó un voluntario aislamiento que no dejó de extrañar a sus allegados), contribuyeran al escaso éxito de sus escritos en su propia época. Sin embargo, no podemos permitirnos, pasado un tiempo más que suficiente para considerar el auténtico valor de su obra, obviar la original aportación de su pensamiento al devenir de la historia de la Filosofía. Una aportación que no se ciñe a la publicación – el mismo año de su muerte – de su obra magna, la *Philosophie der Erlösung* (*Filosofía de la redención*)², sino a todo un conjunto de textos en prosa y verso que, aún hoy, siguen sin ver la luz en castellano a pesar de su enjundia literaria y profundidad filosófica. Y es que hasta bien avanzado el siglo XX (o mejor dicho,

¹ Cfr., por ejemplo, F. Nietzsche, *Correspondencia*. Vol. III. Enero 1875-diciembre 1879, Madrid, Trotta, 2009, p. 187, donde Nietzsche reconoce en misiva a Overbeck que tanto él como Paul Rée han «leído mucho a Voltaire», pero que «ahora le toca el turno a Mainländer».

² Como se ha mencionado, el autor de estas líneas ha publicado la edición completa en castellano de esta obra, junto al profesor Manuel Pérez Cornejo – a quien debemos sin lugar a dudas el mayor acercamiento en el mundo hispanohablante a la filosofía de Philipp Mainländer. He tenido la inmensa suerte de poder trabajar codo con codo con el profesor Pérez Cornejo, a quien me une no sólo mi franca admiración por su trabajo, sino una sincera amistad, en la preparación final del texto de la *Filosofía de la redención*, que vio la luz en 2014. Siempre que se cite en adelante esta obra, la edición corresponde a la obra P. Mainländer, *Filosofía de la redención*, edición de Carlos Javier González Serrano y traducción de Manuel Pérez Cornejo. Madrid, Xorki, 2014.

hasta casi acabado), no comienza a tenerse en cuenta la importancia de Mainländer en el contexto filosófico.

Es en un viaje a Italia, en un país mediterráneo que ofrecía posibilidades anímicas hasta entonces desconocidas para un todavía joven Philipp, donde se produce su encuentro con Spinoza y, sobre todo, con Schopenhauer, a través de la lectura casi enfermiza (un influjo, el del filósofo de Danzig, que también experimentaría el propio Nietzsche)³ de *El mundo como voluntad y representación*. A pesar de las recomendaciones de uno de sus profesores, de huir “como de la peste” de la filosofía, Mainländer sucumbe irremediamente a los encantos del genio schopenhaueriano: la vocación quedaba sellada, el joven Philipp veía ante sí un vasto panorama, el abierto por Schopenhauer – y, previamente, por las obras de Kant –, pero que sin embargo podía explotarse aún más. En el prólogo de la *Filosofía de la redención* apuntará Mainländer que su pensamiento no es más que «la prosecución de las doctrinas de Kant y Schopenhauer, y la confirmación del budismo y del cristianismo más puro. Aquellos sistemas filosóficos se corrigen y completan mediante dicha filosofía, al tiempo que ambas religiones se reconcilian a través de ella con la ciencia».

Comienza de este modo, tras el prodigioso descubrimiento de Schopenhauer, a pergeñar Mainländer el modo de continuar de un modo original lo que el inspirador de Danzig había iniciado: la odisea del espíritu humano hacia una posible liberación (*Erlösung*) que parece vedada por la idiosincrasia misma de nuestra existencia, plagada de deseos por cumplir, anhelos por satisfacer y penas con las que bregar, una odisea que desea fundamentar Mainländer sobre “el saber”, sobre la filosofía y su modo propio de argumentar, alejado de una fe ciega que sólo conduce a ilusorias soluciones al problema de nuestra existencia.

Aunque, desde luego, Mainländer nunca asistió –ni pudo haber asistido– a las clases que Schopenhauer impartió en Berlín, es innegable que las consecuencias del «Libro Cuarto» y sus respectivos «Complementos» de *El mundo como voluntad y representación* hicieron honda mella en el ánimo de Philipp. En sus lecciones sobre la metafísica de las costumbres, justo al final de sus notas para impartir sus clases, Schopenhauer señalaba que, si algo caracteriza al ser humano, es la «oscuridad que se extiende sobre nuestro ser, cuyo sentimiento hace exclamar a Lucrecio “En qué tinieblas de la vida, / en cuán grandes peligros se consume / ese tiempo tan breve”. Esta oscuridad que provoca la menesterosidad respecto de la filosofía y cuyo espíritu filosófico es llevado a la consciencia en un santiamén, con tal viveza que a otros puede parecerles rayana en el delirio; esta oscuridad de la vida – concluía Schopenhauer – no se puede intentar dilucidar».

Tal oscuridad será la que tome Mainländer como patrón de la existencia humana, de la que parte y hacia la que se aproxima... ¿inevitablemente? Quizá exista una vía de liberación, un *deuteros plous* que merezca la pena experimentar con el fin de hacer frente a los designios de un Dios que, a juicio de Mainländer, se vio obligado a comenzar a morir para, precisamente, comenzar a vivir. La vida de Dios constituye, en este sentido, el lento proceso por el que el mundo muere poco a poco⁴. En la «Metafísica» de *la Filosofía de la redención*, nuestro filósofo asegura que «Dios tenía la libertad de ser como quisiese, pero no

³ Conocidas son las palabras del filósofo en F. Nietzsche, *Schopenhauer como educador*, Madrid, Valdemar, 2006, pp. 49-50, traducción de Luis Fernando Moreno Claros: «Pertenezco a esos lectores de Schopenhauer que, tras haber leído una primera página suya, saben con certeza que leerán todas las demás y escucharán cada una de las palabras que haya dicho. [...] Lo comprendí como si hubiese escrito para mí».

⁴ Cfr. P. Mainländer, *Filosofía de la redención*, cit., «Física»: «Esta unidad simple ha existido [*ist gewesen*], pero ya no existe [*sie ist nicht mehr*]. Se ha hecho añicos [*zersplittert*], transformando su esencia completa y enteramente en el mundo de la pluralidad. Dios ha muerto y su muerte fue la vida del mundo [*Gott ist gestorben und sein Tod war das Leben der Welt*]».

era libre respecto de su determinada esencia. Dios tenía omnipotencia de ejecutar su voluntad de ser de cualquier modo; pero no tenía igual poder para no ser». Con la aparición de Dios, con su decisión de ser, se inaugura asimismo el imperio del no-ser: el mundo constituye así el resultado de este proceso que nos atraviesa, en nuestro interior, como una auténtica enfermedad ontológica. Nos encontramos fatalmente heridos por la doble cara del no-ser: por nuestra conciencia cierta de la muerte (y por tanto, por el miedo que nos inspira el fin de nuestro fenómeno individual) pero, a la vez, encontramos consuelo en virtud de una oscura tendencia hacia el no-ser.

De este modo, el ser humano es el único animal que, transido por el miedo a su desaparición, no deja de anhelar la paz que espera encontrar en su fin. Y es que no resulta extraño en absoluto que, en vista de que el «apremio y la fricción» son las notas comunes en el universo de las acciones humanas, siempre rodeadas de una «penosa necesidad» y del «egoísmo más despiadado», Mainländer proponga acudir a la muerte como auténtica – y única – solución a la mencionada y funesta enfermedad ontológica, singular lacra del género humano.

El desbordado pesimismo de Mainländer, que confirma la sospecha schopenhaueriana sobre una posible mejora moral del ser humano (en contra de lo defendido, por ejemplo, por Lessing en *Die Erziehung des Menschengeschlechts*), no es más que el resultado de su creencia fundamental: somos el saldo arrojado por el suicidio de Dios, quien ni siquiera, aun contando con la omnipotencia, logró soportar el puro Ser. Su elección de decantarse por el No-Ser, lejos de resultar una opción del hombre (como sí ocurre en Nietzsche), hunde al ser humano en un pozo en el que, irremediabilmente, se siente perdido.

Sólo resta, como Mainländer escribía en su poema «Segunda voz – El hijo de la luz», una lección por asimilar: «¡Ah, cuán vana, cuán triste / es la lucha por la existencia. Aprende, ¡oh hombre! / como primer principio de la sabiduría / que por un bien [...] tu alma está en vilo. [...] ¡Aprende a amar con el espíritu, mortifica / el amor del corazón; y bendice, / bendice con alegría cada hora que más cerca de la tumba / te conduce!».

Igualmente, también por primera vez en español, se traduce *Diario de un poeta (Aus dem Tagebuch eines Dichters)* de Philipp Mainländer, pensador clásico – aunque del todo intempestivo – de la filosofía alemana del XIX, frecuente e injustamente olvidado. En esta edición bilingüe, traducida y preparada por Carlos Javier González Serrano y Manuel Pérez Cornejo (reconocidos especialistas en la obra de este filósofo que tanto influyó en Borges, Albert Caraco, el ya mencionado Friedrich Nietzsche o el literato japonés Akutagawa Ryunosuke), asistimos a las vicisitudes de un alma que transita de lo maravilloso y del mundo de la luz a lo tenebroso y el universo de la oscuridad.

El humanista Rafael Argullol asegura en el prólogo del poemario que «*Diario de un poeta*, el conjunto de poemas escrito por Philipp Mainländer, es una joya casi desconocida de la moderna lírica europea. Escrito en Italia entre 1858 y 1863, el joven autor de *Filosofía de la redención* expresa en él un credo poético que le aproxima a su predecesor Hölderlin y a la obra, posterior, de Rilke. También Mainländer, como estos dos poetas, tiene una enorme capacidad para adentrarse en lo mítico y lo sagrado; y, de modo simultáneo, también como ellos, encuentra simbólicamente en el Mediterráneo la nutrición necesaria para afrontar una concepción trágica de la vida. Quizá la diferencia fundamental de enfoque es que los dioses de Hölderlin y Rilke siguen palpitando, aunque bajo una gruesa capa de silencio, mientras los de Mainländer, o bien han muerto, o bien son etéreos mediadores con la nada».

Y es que Mainländer anhela fervientemente beber el alma de las cosas, pero repara en el hiato fundamental impreso en cualquier producto de la naturaleza: esa «miseria que no tiene fin», a la que se refiere la poetisa Antonia Pozzi en una desgarradora misiva, se encuentra recogida y acentuada en la poesía mainländeriana en forma de un desesperado y lastimoso regreso, de una vuelta imposible a la casa del Ser. Un deseo de reencontrarse con la esencia de cuanto nos rodea para llegar a saber si, tras tanta lucha y esfuerzo, algo merece la pena. Son numerosos los versos de Mainländer en los que se deja traslucir esta ambición, menguante a medida que el tiempo de la vida transcurre, de poner paz en el campo de batalla (*Kampfplatz*) del sí mismo: «Cansados van los pastores hacia sus moradas, / y toda criatura busca un dulce reposo», «... en el corazón aún habita la paz; / el anhelo de un reposo más profundo, en él aún vive».

Carlos Javier González Serrano